

# El cambio del relato económico

**Nos enfrentamos** a la crisis más grave de los últimos años, que supera en el corto plazo a la Gran Recesión de 2008. Los gobiernos, a la par que han anunciado medidas para atajar el problema sanitario, han arbitrado otras iniciativas de carácter económico y financiero, para encarar el frente económico. Todos los gobiernos del mundo están haciendo movimientos parecidos en este segundo frente, no en el primero, donde las disparidades son enormes entre Estados Unidos y buena parte de los países europeos y asiáticos. En el plano más próximo, el gobierno de España ha enfatizado una serie de iniciativas, en función de sus capacidades de maniobra financiera y presupuestaria, que son correctas. Algo que se está reconociendo desde diferentes ámbitos, aunque siempre existen los más *perfeccionistas*, que dicen que ya tenían las soluciones y las ofrecen a toro pasado.

Esta crisis, como la de la Gran Recesión, nadie, o casi nadie, la vio venir. Y en esta ocasión la crisis es muy diferente a las anteriores, por su origen. La sensación –y constatación– de vulnerabilidad, de fragilidad biológica, sanitaria y económica, está siendo tremenda, afectando a todos los países del mundo, sin excepción. Por esto, llama la atención leer y escuchar a tertulianos, columnistas y pretendidos “expertos” criticar, una vez y otra, la supuesta improvisación de los gobiernos. Estaríamos ante cerebros privilegiados que, contra la improvisación que tanto critican en un escenario tan convulso, cambiante, incierto e inesperado, ellos saben aplicar certezas. Por ejemplo: la tesis de que se llegó tarde para aplicar las medidas de contención del virus. La pregunta que debe formularse es que se llegó tarde en relación a qué. Veamos los datos, que son públicos y se pueden contrastar. Italia empezó a tomar medidas de confinamiento cuando los muertos llegaron a 463. Francia hizo lo mismo cuando alcanzaron 138. Reino Unido cuando había más de 300. España lo hizo con 120. ¿Quién llegó tarde?

Las tesis de la improvisación tienen, además, algunas derivadas políticas: así, algunos critican la descoordinación de los gobiernos, las discrepancias internas, la falta de convicción en las medidas tomadas, a lo que añaden descalificaciones personales, que entran en el territorio de la mala educación, por ejemplo, contra el presidente del gobierno. En este aquelarre participan no sólo las derechas más rancias. El “*divinismo*” de algunos también juega en este escenario, tratando de marcar equidistancias que, curiosamente, alimentan las propias improvisaciones de quienes la pregonan. Las críticas siempre se han de poder formular, pero, en los durísimos momentos que vivimos, determinados comentarios deberían ser constructivos y no ir

a destruir y ridiculizar a quienes están gestionando la situación. Para algunos, los gobiernos parecen tener la culpa de todo, hagan lo que hagan. Aunque fuera minúscula, algo de empatía se debería tener con quienes están pilotando la crisis más severa que hemos vivido, cuyas consecuencias son todavía imprevisibles. Y generarán nuevas improvisaciones, a la vez que cambios de opiniones prácticamente para todo el mundo. Veamos.

Mario Draghi, en una reciente entrevista en el *Financial Times*, ha subrayado que la deuda pública va a crecer mucho con esta crisis, y ello obligará a plantearse seriamente una política de quitas, teniendo en cuenta que una parte considerable de tales deudas serán impagables. Nada de esto es nuevo en la historia económica, pero es importante que se diga desde una voz ortodoxa más que autorizada. Toda una declaración de principios que incomoda al *escolasticismo*. El relato económico ha cambiado. Y la evolución del coronavirus está conduciendo a consideraciones importantes en el campo de la economía. Quizás la primera y más relevante, de carácter teórico y también aplicado, es el refuerzo de la noción del papel del Estado, la significación crucial de la intervención pública en una etapa insólita, de congelación casi total de la actividad económica. Estamos ante una parálisis inducida por los propios gobiernos para frenar el alcance de la pandemia, en una situación de patente simetría para todas las naciones del mundo. El Estado se encuentra tras estas decisiones capitales.

La segunda consideración se refiere al papel de los Bancos centrales, que ahora ha sido más ágil que la que se produjo durante la crisis de 2008. En esta coyuntura, el Banco Central Europeo, por ejemplo, ha realizado sus movimientos con contundencia, tras los primeros pasos titubeantes de Lagarde, que duraron apenas dos días. La inyección de dinero está siendo considerable, y el reto estriba en que tal flujo llegue a sus destinatarios reales: gobiernos, empresas, familias. Pero, además, ya se intuye que eso no va a ser suficiente. Cuando despertemos al enfermo económico del estado comatoso actual, los procesos de recuperación urgirán nuevos estímulos, nuevas andanadas de dinero amparadas en una evolución de los tipos de interés que está siendo favorable. El riesgo será de inflación baja, cuando la demanda se hallará, igualmente, con las constantes vitales planas.

Un tercer factor a considerar es la acción coordinada de Europa, diluida en sus diferentes visiones, fragmentada una vez más por la idea hanseática de que los países del Sur pretenden acogerse a un rescate injusto. El drama es que las decisiones europeas se remiten a un tiempo excesivo, cuando el virus sigue avanzando de manera implacable. ¿Qué

colapso en vidas humanas es aceptable para estos nuevos halcones? ¿Cómo es posible que se argumenten superávits en unas naciones, indicando su buen hacer, frente a déficits en otras, apuntando hacia un despilfarro inexistente? Alemania tiene en los mercados europeos una vía clara, concreta, para sus exportaciones, al igual que Holanda. Cifras relevantes que deberían hacer pensar a los dirigentes del Norte de Europa que la anemia del Centro y del Sur de Europa sería nociva para sus propios intereses. Esto ateniéndonos únicamente al prisma crematístico, sin considerar la desgracia humana que se puede infligir si no se acuerdan hojas de ruta conjuntas. Las reglas, en ocasiones, deben romperse, sin más miedo que el temor a la muerte de muchas personas, a sus padecimientos por las pérdidas de puestos de trabajo y empresas, a sus debacles familiares y humanas. Por lo tanto, no es tiempo de rigideces ni de catecismos egoístas.

Un cuarto factor, que conecta los anteriores, es la urgencia en arbitrar mecanismos de mutualización de las deudas. El origen de la crisis actual es exógeno, y su capacidad de golpear nos afecta a todos; no puede defenderse, de ninguna forma, una posición de irresponsabilidad fiscal y monetaria de los países llamados *frugales*, en este curso del proceso. Las cuentas de esos países, en superávit por cuenta corriente, se explican parcialmente por los déficits de otras naciones, que no pueden ahorrar. Entre otros motivos, porque

*En el nuevo relato económico posterior a la crisis del coronavirus, con la parálisis inducida, la consideración principal y más relevante, de carácter teórico y aplicado, es el reforzamiento del papel del Estado, de la significación crucial de la intervención pública después de una etapa insólita de congelación de la actividad económica.*

las exigencias que tuvieron que afrontar desde 2010 fueron dracónicas. Las cerrazones no obedecen a condicionantes técnicos, y son cortoplacistas en el ámbito económico. Se trata de posturas que pueden estar sometidas en mayor grado a intereses electoralistas nacionales que a claves estrictamente europeas.

Esta crisis sí es distinta. Si hasta ahora los economistas e historiadores económicos veían muchas similitudes en los orígenes y desarrollos de las crisis pasadas, la situación actual nos ha dislocado. El principal origen de esta crisis es vírico, generado por un agente natural. Podemos enzarzarnos en debates sobre cómo estaban evolucionando las economías más desarrolladas, que se estaban desacelerando. De acuerdo. Pero el origen central es el que es. Y está requiriendo de medidas sanitarias sólo vistas en Europa con la gripe de 1918, que supuso confinamientos parciales de la población, pero nunca con la extensión que se está dando hoy en día. Paralizar

a propósito la economía, como se ha hecho, requerirá de más estímulos para desperezarla, para reanimarla de un letargo ni deseado, ni imbuido por problemas convencionales en el campo económico. Esto requiere unidad de acción y no desmembramiento de las vías de salida, mayor complicidad entre los países de Europa y poner un énfasis claro en lograr que sus instituciones estén a la altura. Lograr que la economía no caiga a cifras de dos dígitos, como algunos analistas ya predicen tanto para la economía norteamericana, como para la europea y, por supuesto, la española, dependerá de ese plan conjunto de acción que preserve los empleos ahora aletargados y a las empresas con serias dificultades de liquidez y crédito. Tenemos las instituciones que se precisan, hay dinero, todos parecen tender hacia el mismo objetivo. Pero debe imponerse el sentido común para evitar el desastre que, para algunos, podrá permitir cuadrar sus hojas de cálculo, pero llenará de espanto a muchísima gente.

La crisis del COVID-19 ha puesto de manifiesto que los mercados por sí solos no pueden hacer frente a una crisis mundial como es una pandemia. La actual paralización de la economía radica en una caída drástica de la demanda agregada. El brutal aumento del desempleo (en forma de ERTes masivos) viene explicado por el repentino colapso de esa demanda agregada. Por supuesto que también hay razones de oferta agregada. Pero los despidos (¿temporales?) masivos no se explican, al menos significativamente, porque el tejido empresarial no pueda acceder a la adquisición de bienes intermedios para la producción. Los despidos masivos se explican porque se ha paralizado de manera abrupta la demanda de los bienes y servicios finales que las empresas producen. Por consiguiente, pensamos que la crisis del COVID-19 es una crisis de demanda; que requiere una adecuada intervención de las Administraciones Públicas para relanzarla.

Acabado el confinamiento, las políticas públicas deben encaminarse a recuperar la capacidad adquisitiva de los hogares más afectados por la crisis (y también de aquellos que antes de la pandemia ya tenían escasa capacidad adquisitiva). El gobierno también debe incentivar, financiar y, si es preciso, ordenar a las empresas privadas para que produzcan lo que es esencialmente necesario para garantizar la supervivencia de la población. También se debe destinar todo el dinero que sea necesario a la importación de bienes básicos que no se puedan producir domésticamente. Estas fueron las medidas esenciales adoptadas por los Estados Unidos y Europa tras la Segunda Guerra Mundial. Y estas políticas expansivas no indujeron inflación.

Es importante tener muy presente que ahora las negociaciones con la Unión Europea son fundamentales para asegurar los flujos de capital perentorios que permitan encarar toda esta reconstrucción que se avecina. De esta crisis se saldrá con una estrategia común europea, estimuladora de la demanda y garante de la capacidad

productiva de las empresas; cualquier otro escenario está abocado a serias dificultades en el corto y medio plazo.

Y si algo ha quedado claro en lo que llevamos de crisis es que aquellos que siguen defendiendo los vericuetos de la austeridad estaban y están equivocados. No estamos ante una opinión: los datos son demoledores. Así, el argumento de que un país no se puede permitir un programa económico ampliamente social ha demostrado ser falso. Y de alguna manera se han corregido derivas ejecutadas a raíz de la Gran Recesión. Por ejemplo, el Banco Central Europeo ha aprobado una inyección de 750.000 millones de euros. Hace unos meses esta y otras instituciones alertaban de la necesidad de reducir déficits fiscales y promulgaban que la "consolidación fiscal" (que hablando en plata implica recortar gasto público) no sólo era necesaria sino inevitable. Ahora bien, el gasto público depende sobre todo de cuestiones políticas, institucionales e históricas. Esto, por lo tanto, lo único que evidencia es la deriva de la teología neoliberal: los argumentos a favor de reducir gastos en sanidad, educación, inclusión, vivienda social, reducción de la desigualdad, etc. están y han estado basados solo en ideología y no en un riguroso análisis científico de cómo funciona la economía.

La crisis generada por el coronavirus nos sitúa en escenarios distintos, mucho más inciertos en relación a otras crisis económicas, dado que nos enfrentamos a shocks de oferta y de demanda muy seguidos y persistentes. Incluso si se encuentra una vacuna contra el virus, el tiempo económico ya habrá variado. Por consiguiente, las adaptaciones deberán gestionar situaciones de incertidumbre e inseguridad, de forma que algunas actividades económicas, como por ejemplo el turismo –que supone más del 12% del PIB de España–, se recuperará de manera muy gradual y con retraso en relación a otros sectores, sin rebotes inmediatos. Ahora bien, si antes de esta situación dramática ya era necesario repensar nuestro futuro, ahora más que nunca esto se ha convertido en prioritario.

Todo ello nos adentra en nuestro modelo de crecimiento, que debería hacerse bajo ópticas realistas que contemplen la coyuntura en la que nos encontramos instalados; pero también la estructura, rehuyendo discursos excesivamente teóricos y/o de escasa aplicabilidad o meramente continuistas. Este número especial de TEMAS apunta en esta dirección. Los gobiernos han lanzado propuestas importantes en forma de ayudas, subvenciones, ralentizaciones fiscales; los Bancos centrales están inyectando liquidez. El tiempo juega de nuevo un papel determinante, ya que sin la expansión de las medidas que se están anunciando se entrará en una recesión severa. Las claves, pues, radican en:

- Reducir las quiebras personales y empresariales.
- Garantizar la llegada de dinero a la gente para que pueda seguir consumiendo, aunque no esté trabajando.
- Reactivar las palancas de la inversión y el estímulo de la demanda.

Estos factores, que atañen a personas y corporaciones, se deben cotejar y corresponder con:

a) Políticas fiscales, con flexibilizaciones reales en las reglas estrictas de los planes de equilibrio presupuestario y la adopción, desde el Banco Europeo de Inversiones (BEI), el Banco Central Europeo (BCE) y la coordinación de la UE, de estrategias inversoras de gran calado. En definitiva, es la hora de poner en práctica el *Green New Deal*, de manera efectiva y con los recursos necesarios. Para ello, la capacidad fiscal de España debe tender a homologarse a las medias comunitarias, ya que nuestro tipo marginal máximo IRPF continúa estando bastante por debajo de la media de la Unión Europea-15, siendo inferior a Alemania, Grecia, Irlanda, Holanda, Bélgica y Francia, por nombrar algunos países con perfiles distintos.

b) Políticas monetarias, expandiendo las compras de Deuda Pública por parte del BCE, tanto en los mercados secundarios como en adquisiciones directas a los gobiernos, con controles estrictos para que los flujos monetarios lleguen a la sociedad y a las empresas.

c) Políticas de corte social, que garanticen la sostenibilidad de los sectores más vulnerables de la sociedad y refuercen los sistemas sanitarios.

d) Políticas comerciales, sin ir a escenarios de proteccionismos extremos.

e) Inversiones que catalicen y anuden redes de comunicaciones:

- Para vertebrar con mayor solvencia el mercado interior europeo. Para el caso de España, es crucial trabajar en tres vertientes: la Y vasca –que implicará reforzar y consolidar las relaciones con Francia–, el corredor mediterráneo –pieza esencial para enlazar regiones dinámicas con Europa y, a su vez, puente clave para el norte de África– y el nudo París-Madrid-Lisboa –que inferiría una mejor articulación ibérica con Europa–.
- Para desarrollar de manera dinámica las nuevas tecnologías, esenciales para alcanzar objetivos de mayor porosidad social, económica y cultural de los países europeos.

El desarrollo de estas políticas, de inspiración keynesiana, afectan parcialmente a gobiernos nacionales, pero con una imbricación enorme en instancias supra-nacionales; a la vez que existen también márgenes de maniobra para los gobiernos regionales. Sin la acción coordinada de la Unión Europea, sin su apoyo e implicación, resultará muy difícil resolver la crisis. Aparecen entonces interrogantes en el modelo económico, que deberán ser dilucidadas: diversificar, ¿cómo? ¿En qué sectores? ¿Con cuáles protagonistas? ¿Y los costes? ¿Decrecer para hacer crecer qué? Todo un desafío, que este número de la revista trata de desentrañar y debatir.

Urge huir de mezquindades, de mentiras, de tergiversaciones, de acusaciones sin fundamento, de informaciones sin documentación que las avale. Se imponen conductas empáticas sobre datos científicos. Y mucha responsabilidad por parte de todo el mundo. **TEMAS**